

Privilegios y

Por Federico

Para LA

HAY estudiosos de las grandes fortunas que sospechan que en el origen de la mayor parte de ellas yacen hechos inconfesables. Con el tiempo, afirman, el ejercicio de la riqueza hace a sus detentadores respetables y la sociedad los legitima, a ellos o a sus descendientes, aceptándolos como dirigentes o gente decente. Si ello fuera así, si ésas fueran las reglas del juego, los privilegios y la corrupción no serían tan criticables, pues la indignación que generan en la gente acomodada de hoy podría ser acallada por corruptos de cualquier laya con sólo recordar el origen de la fortuna de los críticos. Por otra parte, mucha gente "decente" venida a menos opta entonces por lanzarse a los brazos de la fortuna mal habida, de modo de recuperar viejos laureles. Además puede verse que sectores persistentemente pobres, típicamente por falta de acceso a una educación de excelencia, consideran estos episodios con cierta resignación, como

hechos de la naturaleza, para beneficio de los sinvergüenzas.

Pero ante este cuadro moralmente aterrador, que se despliega tras las ventanas de nuestras casas todos los días, corresponde afirmar que eso no es así. Ésas no son las reglas del juego eterno, sino meramente las reglas de las organizaciones sociales corruptas,

En todos los regímenes políticos se han desarrollado fenómenos oligárquicos

tan predominantes en la historia. No importan tanto los regímenes políticos, monárquicos, aristocráticos o democráticos, pues en todos ellos se han desarrollado fenómenos oligárquicos, es decir, de camarillas que usan el poder público en su provecho, origen de enormes fortunas hijas del pecu-

lado, del privilegio, de lo que la gente llama robo o designa con otros términos de igual sentido.

En nuestra patria, en la época de la Colonia precapitalista, las grandes fortunas de los viejos hijosdalgo o hijos de algo menos luego de enriquecerse podían rastrear en la concesión de privilegios concedidos por la Corona o en un delito más o menos simpático: o bien el monopolio comercial (que luego un inspirado vate del latrocinio denominó "proteccionismo") o el servicio personal de americanos autóctonos o indios, o bien el contrabando, especialmente en la lejana Buenos Aires, tan apartada de los poderes de Lima.

Reparto de tierras

Tras la Revolución, algo debe de haber andado mal para que algunos próceres reconocidos se consideraran tranquilos de conciencia cuando ofrecían dinero a los gene-

co Pinedo

NACION

rales enemigos a cambio de defecación. No bien establecido un poder importante, la Patria observó cómo las formas dictatoriales se complementaban con una fenomenal repartija de miles de leguas de tierras públicas o privadas entre parientes, socios y amigos, que junto con los proveedores "exclusivos" del Estado conformaron una nueva clase privilegiada sin por ello dejar de ser popular: al fin y al cabo, los patrones también se ponían al frente de sus paisanos para defender en homéricas patriadas las libertades, el orden o el territorio.

Las cosas empezaron a cambiar cuando la paz fue dando lugar al capitalismo. Entonces los ricos de la Argentina, formidables para el mundo entero, fueron los productores agropecuarios, que afuera llenaron los mercados internacionales y adentro sembraron el territorio de vías, de estaciones de tren, de pue-

blos, de almacenes de ramos generales, de cooperativas, de vida económica. Buenos Aires creció explosivamente de la mano de los industriales inmigrantes, que más que duplicaron a los nativos en apenas unos veinte años. La sociedad se hizo más permeable e igualitaria. Sin embargo, cuando la crisis agropecuaria indicó que había que empe-

El capitalismo democrático nació para combatir las estructuras clasistas y rígidas

zar a hacer capitalismo para adentro, las elites del poder optaron por el viejo camino: privilegios y corrupción para amasar fortunas. El objetivo no fue la satisfacción de los consumidores anónimos sino el acomodo, el permiso de importación, la cuota comercial dada por el gobierno, la contratación estatal que ma-

nejaba casi el 50 por ciento de la economía, el monopolio, la canonjía.

Hoy se habla de capitalismo salvaje casi sin pensar que el capitalismo democrático nació para combatir las estructuras sociales clasistas y rígidas, hijas del privilegio y la corrupción del poder impuesto o heredado. El capitalismo democrático obedece a una regla política (el poder es del pueblo) y tiene una regla moral (se gana dinero si se satisfacen mejor las necesidades de los semejantes). Esa regla moral se rompe con los privilegios y la corrupción que muestran caminos alternativos para hacerse rico. Pero esas no son las reglas del juego de la naturaleza, a menos que los explotados les crean a los explotadores y denominen salvaje la forma de organización social orientada a la movilidad social para arriba y para abajo basada en el mérito y el esfuerzo personal. © LA NACION

El autor es abogado y dirigente conservador.